

## La odisea del rechazo

Javiera Vega

1

Por fin llega el día. Una sensación de desasosiego lo hace moverse con prisa por la habitación. Estira la cama, recoge la ropa y los zapatos esparcidos por el piso y los guarda en el armario. Recuerda limpiar el inodoro con cloro y, por último, esparce perfume de hombre en el aire.

Su esposa llega en dos horas.

No está preparado para recibirla, aunque ella le aseguró que no le importaba dónde vivieran, sino estar juntos. Antes de cerrar la puerta, Felipe repara en el afiche de Cindy Crawford clavado en la pared. Lo baja, lo dobla y lo guarda en el bolsillo.

Al salir a la calle disfruta del aire fresco mientras camina hacia la parada del bus que lo llevará al aeropuerto. Piensa que Sídney es una ciudad de oportunidades, tranquila, adecuada para iniciar una vida familiar. Ya en el bus, la incertidumbre y las dudas se mezclan con la esperanza de construir una familia con Amanda.

¿Cómo será realmente esta nueva etapa juntos?

¿Qué implicará este cambio en mí?

Tiene veinticuatro años y vive en Sídney desde hace seis meses. Hoy va al aeropuerto a recoger a su esposa.

El avión llega a la hora. Cuando desembarca el último pasajero del vuelo 474, se da cuenta de que Amanda no ha arribado. Su corazón se acelera.

¿Qué hacer?

Necesita pensar. Se dirige a la cafetería del aeropuerto y se sienta a observar a las personas que se apresuran hacia sus destinos. Comprende, de pronto, que está en un lugar donde no quiere estar.

Casarme fue un error. Sería mejor si Amanda no viajara, se dice, mientras piensa que su vida actual le gusta.

Bebe un café. Al recobrar la calma infiere que Amanda decidió suspender el viaje, siguiendo su recomendación de esperar un poco más. La idea lo tranquiliza. Sin indagar otras posibilidades, abandona el aeropuerto.

Desde allí toma el bus a Paddington para visitar a su amigo José Salas, quien se prepara para viajar al norte.

—El vuelo de Amanda llegó sin retraso y sin ella —dice Felipe.

—Vente conmigo —le propone José—. Conocí a un croata que tiene una mina de ópalo en Lightning Ridge. Me ofreció trabajo.

Felipe, melancólico, responde:

—Sería fantástico, pero lo de Amanda me complica.

José interpreta su silencio como tristeza y vuelve a insistir. Felipe dice que no puede, pero esa misma noche se encuentran en la estación central y abordan el tren rumbo a Lightning Ridge.

2

Al inicio del viaje, Felipe se concentra en mirar por la ventana. Las luces se suceden sin forma y sin sentido. Retraído, piensa en Amanda.

¿Y si llega mañana o pasado?

La idea lo inquieta. Se reprocha no haber esperado más ni haberla buscado mejor. La dejó a su suerte.

—¿Qué te pasa? —pregunta José.

—Nada —responde Felipe.

Saca papel de carta de la guantera del asiento y comienza a escribir con letras disparejas, torcidas por el movimiento del tren. Le cuenta que, como ella no viajó, aceptó un trabajo en una mina de ópalo en el norte de Nueva Gales del Sur junto a su amigo José. Le explica que estará en el desierto y que quizá no podrá comunicarse como quisiera.

La paga es buena y, cuando regrese, arrendaré un departamento lindo para recibirte como te mereces, escribe.

Termina la carta con corazones atravesados por flechas y un “TE QUIERO” en mayúsculas. Al guardarla, se siente más tranquilo. Apoya la cabeza en la almohadilla junto a la ventana y se queda dormido.

Al amanecer, el tren se ha internado en el desierto. El terreno es polvoriento, cubierto de arbustos secos. A lo lejos, algunos eucaliptos se agrupan como manchas verdes sobre la llanura rojiza. El sol cae sin compasión.

A las once de la mañana llegan a Lightning Ridge, una estación mínima que también funciona como oficina postal.

El croata los espera. Es un hombre delgado, de edad indefinida, curtido por el sol. Lleva un sombrero con corchos para espantar las moscas. Tras saludarlos, les señala la camioneta estacionada frente a la estación.

—Pongan las mochilas ahí.

José y el jefe esperan a que Felipe vuelva de la oficina postal. El calor ya es agobiante. El croata los invita a pasar al pub para beber una cerveza helada. Sonríe y muestra los dientes amarillentos por la nicotina.

El pub está en una esquina. Al entrar, los recibe una corriente de aire producida por dos ventiladores de aspas. Del techo cuelgan cintas adhesivas oscuras, cubiertas de restos de moscas. Los parroquianos son hombres viejos que beben solos, apoyados en la barra, sin mirarlos.

La cerveza es dulzona y refrescante. El croata los apura: quiere volver pronto a casa.

Desde la distancia, los muchachos ven la cabaña de madera levantarse en medio del outback. Sus paredes están descoloridas por el sol y los años. Dos eucaliptos retorcidos proyectan sombras alargadas sobre la tierra.

Dentro hay una pieza frontal con una cocinilla de gas, una alacena, un lavaplatos pequeño conectado a un tanque exterior y un sofá gastado. Al fondo, dos habitaciones.

Mientras el croata calienta la comida, los muchachos observan los objetos del lugar: una radio antigua de madera, una vela derretida sobre la repisa, herramientas, recipientes con piedras.

Después de comer, el hombre saca una libreta y un lápiz.

—Aquí usamos sobrenombres —dice—. Hay gente de cincuenta nacionalidades distintas. No importa de dónde vienes ni quién eres, solo que estás aquí.

José da su nombre. Dice que a Felipe le dicen Pipe.

—Entonces tú serás Joey y tu amigo Pip.

Salen al exterior. El croata señala la letrina y luego caminan unos metros hasta la mina. La entrada al pique está reforzada con troncos y una escalera de lianas sujeta a la pared de tierra.

—La vida aquí es dura —dice el croata—. La mina no perdona. Primero hay que ahondar, luego buscar la veta. Si trabajamos juntos, puede haber recompensa.

Ambos sienten que se han embarcado en una aventura que pondrá a prueba su resistencia. Lo crucial será adaptarse al ritmo del desierto y aprender del hombre que los guía.

Al caer la tarde, el croata les indica el dormitorio: dos camas de campaña, una caja de madera como velador y un cobertor doblado a los pies de cada cama.

—Ahora descansen. Mañana hay que levantarse temprano.

Felipe se tiende boca arriba, con los ojos abiertos, mirando el techo. El silencio del desierto es distinto a todo lo que ha conocido.

3

El avión en el que viaja Amanda aterriza y se detiene frente a la pasarela del aeropuerto de Sídney. En la sala de llegadas, escudriña los rostros que avanzan entre el ruido y las voces. No logra ver a Felipe.

Recuerda una sensación antigua: la de haberse perdido entre una multitud cuando era niña. En aquella ocasión, el abrazo oportuno de su madre evitó el pánico. Tal vez ahora ocurra lo mismo. Tal vez Felipe aparezca de pronto y la angustia se disuelva.

Los minutos pasan. La presión en el estómago aumenta. Felipe no está.

Conteniendo las lágrimas, busca ayuda. Camina de un lado a otro hasta encontrar la oficina de informaciones. Una mujer le indica que siga la flecha roja del piso hasta Inmigración.

Antes de entrar, ensaya una frase simple, precisa. ¿Lograré ser clara? Elige al más joven de los empleados. Es amable y hace un esfuerzo por entender su inglés quebrado. Amanda le entrega un papel con dos direcciones, contactos que consiguió antes de viajar. El funcionario las transcribe y le pide que se calme.

Amanda se tranquiliza al pensar que todo se debe al cambio de vuelo en Miami, provocado por un desperfecto en el avión. La demora la hizo perder la conexión y llegar con un día de retraso.

Observa el reloj de la pared: han pasado tres horas desde el aterrizaje.

El empleado llama a un hombre con traje oscuro y gorra que espera cerca de la entrada. Es el chofer. Le explica la situación y le entrega el papel con las direcciones. El conductor toma la maleta e invita a Amanda a acompañarlo.

Mientras el automóvil estatal cruza la ciudad, Amanda se siente intranquila en el asiento trasero. Las direcciones pertenecen a personas desconocidas: una amiga de su cuñada y un amigo de Felipe. Intenta confiar, pero se siente perdida.

El chofer la observa por el retrovisor sin decir nada.

El auto se detiene frente a un edificio de tres pisos, de ladrillos sin enlucir.

—Cinco guion ciento cuarenta, calle Alfred —anuncia el chofer.

Amanda baja, sube la escalera alfombrada y toca el timbre. Una mujer abre la puerta. Amanda pregunta por Lucila Muñoz. La mujer asiente, pero no la invita a pasar. Amanda explica su situación con torpeza.

—No, aquí no puedes quedarte —responde Lucila.

—Podría dormir en un sillón —insiste Amanda.

—No puedo ayudarte. Comparto con otra chica y no hay espacio.

La puerta se cierra.

Con la cabeza baja, Amanda regresa al automóvil.

Llegan a Paddington. El chofer se detiene frente a una casa victoriana de dos pisos. Amanda baja, abre la reja y golpea la puerta. Nadie responde. Insiste. Una mujer adulta se asoma desde una ventana del segundo piso.

—Disculpe, busco a José Salas —dice Amanda en inglés.

—No vive aquí. Se fue al norte —contesta la mujer en español.

Amanda tarda en reaccionar. La mujer agrega que su pensión es solo para hombres. Luego, al ver al chofer uniformado apoyado en el vehículo, levanta la voz y dice en inglés:

—Llévela al Ejército de Salvación.

Amanda siente el corazón pesado. Mientras el auto avanza, observa la ciudad por la ventana e intenta absorber algo de Sídney, como si eso pudiera darle seguridad. Se pregunta cómo será su vida allí y cuándo volverá a ver a Felipe.

El vehículo se detiene frente al Ejército de Salvación. Dos leones grises flanquean la entrada. En la recepción, Amanda espera con las manos sudorosas. El chofer pregunta por una habitación, pero la recepcionista dice que no hay disponibilidad.

El conductor, tras observarla, explica la situación en voz baja. La recepcionista suspira, abre un armario y saca una llave.

—Habitación ciento nueve.

El chofer se despide con un apretón de manos y le desea suerte.

En la pieza, Amanda se sienta en la cama. Hay una Biblia en el velador, pero está en inglés. Recorre el espacio en pocos pasos y se asoma a la ventana. Se pregunta cuánto tardará Inmigración en encontrar a Felipe. Cree haber entendido que lo harán as soon as possible.

Necesita oír la voz de su madre. En la recepción le advierten que las llamadas internacionales son costosas. Amanda deja sobre el mostrador el único billete de cincuenta dólares que tiene.

—¿Aló? —responde la voz adormilada de su padre.

—Papá, soy yo. Llegué bien...

Escucha a su madre pedir el teléfono.

—Amandita, ¿llegaste bien? ¿Y Felipe?

—Trabajando —miente Amanda—. Mamá, esto sale muy caro. Mañana te escribo. Los quiero.

De vuelta en la habitación, sentada al borde de la cama, siente una liviandad extraña, como si todo hubiese perdido peso. La angustia persiste, pero el gesto del chofer y el refugio del albergue le ofrecen un mínimo consuelo.

Esa noche, antes de dormir, Amanda se promete no rendirse.

4

El croata los despierta con voz áspera:

—¡Arriba, muchachos! Vamos al almacén de Sally. Hoy deben comprar sus herramientas. ¿Tienen dinero? Si no, les presto y lo descontamos del jornal.

José mira a Felipe. Este responde de inmediato:

—Nosotros pagamos.

Se sirven café y una porción de tortilla australiana con mantequilla. Mientras comen, Felipe pregunta:

—Jefe, ¿de cuánto será nuestra paga?

El croata toma migas de pan, las hace una bolita y la lanza entre los hombros de los muchachos.

—Cada uno recibirá un cinco por ciento de lo que nos pague Sam —dice—. Es el intermediario exclusivo en Lightning Ridge. ¿Está claro?

—¿Y cuánto vale un ópalo? —pregunta Felipe.

El croata sonrío mientras saca tabaco del bolsillo y lía un cigarro.

—Depende del esfuerzo y de la suerte. Hoy profundizaremos el pique, luego sacaremos la grava blanca, subiremos las piedras, las limpiaremos y las examinaremos.

José le pregunta si antes trabajaba solo.

—Este es mi décimo emprendimiento —responde—. Algunos fueron mejores que otros. También estuve en Queensland, explorando.

—¿Qué edad cree que tiene? —pregunta José.

—Sesenta y cinco. Por eso los necesito.

En camino al almacén, los jóvenes observan el paisaje del outback: una meseta pedregosa, arbustos bajos y eucaliptos delgados. Restos de piques abandonados salpican el terreno como campanas invertidas. Un canguro cruza la carretera y el croata frena levantando polvo.

—Pensé que eran más grandes —dice José.

—Esos son gualabíes —corrige el croata—. Los grandes están más al norte.

El calor se pega a la ropa y al pelo. Felipe comenta que hay más vegetación en esa zona.

—Hay una laguna artesiana cerca —explica el croata—. Un acuífero subterráneo, como un océano de agua dulce.

El almacén de Sally tiene todo lo que un minero necesita: desde galletas hasta herramientas y calzado. Los atiende un australiano corpulento, vestido con pantalones cortos de rugby y una sudadera celeste. Su trato es hosco.

El tendero pide al croata que repita lo dicho, fingiendo no entenderlo. Luego corrige su pronunciación.

—Eso dije —responde el croata, apretando los dientes.

Compran las herramientas y el equipo básico, pero no les alcanza para los cascos de seguridad.

—¿Los compran o no? —insiste el vendedor.

Los muchachos miran al croata.

—Vámonos —dice—. Tengo cascos en casa.

Sale del local mascullando insultos contra el tendero.

5

En la boca del pique, los jóvenes se preparan para descender equipados con linternas. A seis metros bajo tierra, el aire es fresco. El croata les explica que, para identificar las tonalidades de color en la roca, es necesario excavar con cuidado y prestar atención.

—Cargan el material en baldes y lo cuelgan del gancho del tecla —les indica. Felipe pica las franjas pedregosas de la pared de la mina. La roca se desprende con facilidad. Llena el balde, lo engancha y chifla. La carga sube. Así, turnándose para picar y cargar, termina la jornada.

El crepúsculo se extiende sobre el campamento minero. El croata observa a sus aprendices con una mezcla de orgullo y cautela, recordando sus propios años de juventud, cuando la promesa de una vida mejor lo llevó a esas tierras lejanas.

José y Felipe, exhaustos, se preparan para la noche. Cada día en el outback es un paso más hacia algo que todavía no saben nombrar. Mientras el sol se oculta y las sombras avanzan, ambos sienten que el esfuerzo compartido los mantiene en pie.

Después de asearse, se sientan a la mesa. El croata ha preparado la cena: espárragos salteados con dos huevos fritos.

—Hoy no cobro la comida —dice, sonriendo.

Más tarde juegan algunas partidas de dominó.

—Estoy muerto —dice José, acomodándose en la cama.

Felipe se desviste.

—Mañana me toca picar y apalear. Tú estarás en el teclé.

—Podríamos alternar —responde José—. Un rato cada uno.

Se da vuelta hacia la pared y se queda dormido.

Felipe permanece despierto. El silencio lo incomoda. Mira la oscuridad con los ojos abiertos y siente cómo la conciencia lo alcanza. Haber abandonado el aeropuerto vuelve a su mente con insistencia.

Si llegó, debe estar buscándome, piensa.

La vergüenza lo mantiene alerta, atrapado entre el cansancio y la inquietud. El campamento cruje a su alrededor. Respira hondo. Sabe que el insomnio exige una decisión y, aunque la promesa hecha a Amanda se le ha vuelto una carga, decide que regresará a Sídney lo antes posible.

Está convencido de que ella llegó. Cree saber que Amanda no podría vivir sin él.

Abraza la almohada, pateo la sábana al suelo y, poco a poco, el cuerpo cede al sueño.

6

Tres meses después de su llegada, Amanda está familiarizada con el ritmo del albergue, y ella, cada mañana, se levanta con la esperanza de hallar una carta o recibir una llamada de Felipe. Cada día, es una desilusión y su incertidumbre se torna en una rutina.

Encuentra consuelo en sus paseos por Sídney, o en la compañía de Cristina en los momentos compartidos en su pequeño departamento, donde las conversaciones se mezclan con el aroma de ensaladas frescas y el sabor del vino.

Amanda se adapta a su nueva vida buscando pequeños placeres que la alejen de la melancolía. Camina por las calles bulliciosas, se cruza con habitantes anónimos que, como ella, llevan historias de encuentros y desencuentros. Amanda intenta encontrar su lugar en este nuevo entorno que, aunque diferente, comienza a ofrecerle un refugio en medio de su desasosiego.

En las proximidades del albergue, se encuentra un quiosco ubicado en la calle Ridley, a una cuadra de Oxford Street, donde se comercializan revistas, golosinas y cigarros. El hombre que lo atiende tiene un aspecto desgreado. Siempre está fumando, con el cigarro colgando de su labio inferior mientras habla. Entre los diarios, puzles y revistas, Amanda descubre una barra de mantequilla de maní cubierta de chocolate y la revista española Hola, que llega cada quince días. La madre de la reina Sofía ha fallecido; el príncipe Carlos y la princesa Diana cruzan el estrecho de Gibraltar en su luna de miel; los marqueses de Urquijo fueron asesinados mientras dormían por su ex yerno; se realizaron fotos del entierro de Bob Marley en Jamaica.

Abandona la revista, “no, woman, no cry”, piensa Amanda y sale a la calle. Camina hasta el muelle, donde amarran los transbordadores. Observa el mar, que es un enlace a su tierra natal, al otro lado del océano.

Las caminatas por la ciudad le ofrecen breves momentos de distracción, y en ocasiones, encuentra consuelo en los pequeños placeres como el paisaje en el muelle. Sin embargo, la sombra de la ausencia de Felipe siempre está presente, recordándole el propósito de su viaje y el vacío que siente a no estar con él.

La resiliencia de Amanda la impulsa a seguir adelante, buscando estabilidad y un sentido de pertenencia en un lugar que aún le resulta extraño. También las conversaciones con Cristina se convierten en un bálsamo para su alma, compartiendo risas, lágrimas y consejos, mientras ambas enfrentan sus propios desafíos.

Amanda lo recuerda con la mirada en el horizonte. «En la clase de latín.» Felipe se sentó en la silla vacante del lado. Sacó una banda elástica de la muñeca de su brazo y se amarró los rizos. Tenía olor a colonia y tabaco. Un día lo arrestaron por pelucón en la plaza Victoria. «Lo dejaron como arrancado de un hospital psiquiátrico, el pelo mordido por la tijera».

7

Felipe sostiene en la mano una gema de color café lechoso sobre un fondo blanquecino. La observa con atención; la luz parece quedar atrapada en esos pocos gramos de piedra.

Belleza pura, piensa. Un hallazgo que conecta la materia con algo más hondo. Se la muestra al croata. El hombre la examina apenas.

—Es bonita, pero común. Tiene poco valor. Déjala con las otras para entregarla a Samuel.

El domingo viajan a Lightning Ridge con el croata, que va a ver a Samuel. José quiere comprar un sombrero con corchos, como el que usa su jefe. Lo encuentran en una tienda de souvenirs y, con un sombrero cada uno, entran al bar a beber cerveza y a darse un respiro.

El mesero es corpulento, lleva la camisa ajustada y las mangas arremangadas. Les sirve los chopp.

—¿De dónde vienen?

—De Chile —responde José.

—¿De dónde?

—De Chi-le. Sudamérica.

—¿Y qué hacen por aquí?

—Trabajamos.

—¿Dónde?

—Con el croata.

—¿Con el viejo Dago?

—¿Dago?

—Así le dicen. Porque no es ozzi —explica el barman.

Beben en silencio. Las cintas para las moscas se balancean en el aire. Los ventiladores remueven el olor a tabaco rancio; el humo ha amarilleado el espejo detrás de la barra.

—Creo que al croata le pagan más de lo que dice —murmura José.

—¿Más de cinco dólares la pieza? —pregunta Felipe.

—Seguro que sí.

—Aceptamos un porcentaje bajo —dice Felipe.

—Y más no iba a pagarnos —responde José.

—Puede ser —concede Felipe, vaciando el vaso—. ¿Qué podemos hacer? Somos los pelinegros.

La puerta del bar se abre y entra un grupo de jóvenes mineros australianos, ruidosos y animados. El mesonero los saluda con familiaridad y, desde la chopera, presenta a los chilenos:

—Chicos, estos amigos son de Chile.

—Dos chiles picantes —dice Kevin McGregor, uno de ellos, invitándolos a acercarse.

José y Felipe se unen al grupo para evitar roces. Kevin los presenta como mis amigos de Chili. Al notar que no dominan el inglés, los mineros pierden pronto el interés.

El barman se inclina hacia Kevin.

—Trabajan con Dago. Hacen todo a mano, ni siquiera tienen taladro eléctrico.

—¿Con el tacaño? —pregunta Kevin.

El barman se ríe.

—Nos fue bien hoy —dice Kevin—. Sirve otra ronda para mis amigos de Chili.

—¡Ándale, ándale! —responde el mesonero, imitando a Speedy Gonzales.

La bocina de la camioneta del croata corta el ruido. Es hora de volver.

José y Felipe se despiden agradeciendo la hospitalidad. Al salir, dejan atrás el bullicio del pub y las carcajadas. La camioneta arranca. El atardecer se extiende sobre el desierto, lleno de colores y susurros.

8

El departamento de Cristina es acogedor. Tiene un balcón con geranios sin regar. Amanda disfruta de su compañía porque Cristina la entiende con facilidad y la anima a perder el miedo a hablar mal el inglés.

Mientras prepara una ensalada de pepino y tomate, Amanda dice:

—He estado ocultando cosas a mis padres.

Cristina saca aceitunas negras y queso de cabra del refrigerador.

—¿Por qué?

—Les he escondido que Felipe me abandonó.

Cristina corta el queso, añade aceite de oliva y sal.

—Ya está —dice—. No hay vergüenza en eso. Está fuera de tu control. Concéntrate en lo que sí puedes hacer, ¿entiendes?

Coloca la fuente en la mesa y saca dos vasos y una botella de vino. Al sentarse, la mira con atención.

—¿Y bien? ¿Qué piensas hacer? Han pasado tres meses desde que llegaste. No has sabido nada de Felipe ni yo de José. Pero hay que seguir adelante. Aquí no es como en nuestros países, donde la mujer depende del trabajo del hombre. Aquí también hay oportunidades para nosotras.

—A veces pienso en pedirles a mis padres que me envíen el pasaje de vuelta —dice Amanda.

Cristina se da una palmada en la frente.

—Ya estás aquí. Ten coraje. Eres joven. Puedes caer y volver a levantarte.

Sirve el vino, alza su vaso.

—¡Salud!

—Es triste —dice Amanda—. Vine para estar con él. Teníamos muchos planes. La voz se le quiebra.

—Te hace falta trabajar, ocuparte, salir del albergue —responde Cristina—. Ese lugar no es para quedarse. ¿Has visto a la gente? Drogadictos, borrachos, todos a la deriva. Vente a vivir aquí. Nos arreglamos. Cuando juntes unos dólares, te arriendas algo como esto. Para ti sola. ¿Te parece?

Amanda guarda silencio. Piensa que, si regresara a Chile, los conocidos la colmarían de reproches: debiste haberlo conocido mejor, te apuraste, eran muy jóvenes.

Otra idea la sacude.

¿Y si estuviera enfermo, preso o muerto?

—¿Qué te pasa? —pregunta Cristina.

—Te contesto mañana —responde Amanda.

De vuelta del pub el cielo se cubre de nubes negras y la humedad aumenta en el ambiente. El viento doblega las ramas de los arbustos por el suelo, y se escucha un trueno. La lluvia golpea fuerte el parabrisas de la camioneta, mientras un relámpago ilumina la noche.

Al llegar, los muchachos bajan las provisiones y las dejan en la mesa para que el croata las organice en la alacena y el refrigerador, que ha colocado en su pieza para supervisar su uso.

José y Felipe van a su habitación mientras la lluvia golpea el techo de zinc. Se ha oscurecido y refrescado. José piensa en el pique lleno de agua y el trabajo extra para mañana.

Felipe escucha la lluvia y recuerda a Amanda, tarareando: «la sonrisa ancha, la lluvia en el pelo». José lo interrumpe y pregunta: «¿qué cantas?» «Te recuerdo, Amanda», responde Felipe. ¿Has sabido algo de ella? Nada, no había carta en el correo para mí.

En la cocina el croata pone a cocer las papas y a filtrar el café. Y piensa en cómo repartir la ganancia. Guardará la mitad de lo que recibe. De la otra mitad, cubrirá los gastos de comida y su salario de cocinero, y luego pagará el cinco por ciento a cada joven.

Cuando las papas están cocidas, toma la sartén, seis huevos y tiras de tocino. Agrega cebollas y sal y anuncia que la comida está lista, y los jóvenes se dirigen

inmediatamente a sentarse a la mesa. Comen en silencio, mientras escuchan la lluvia persistente.

— Siempre es así, llueve continuamente y luego hay una noche estrellada — comenta el croata para romper el silencio. Agrega con voz risueña: Comunicamos que hoy se efectuará el pago de los gananciales.

José parte con fuerza la papa en dos. Felipe sonrío y dice: Ojalá Sam haya sido generoso.

—Vuestro 5 % es bueno. No les cobro ni por cocinarles.

José corta la conversación: ¿Cuánto nos toca?

—Ya verás, Ya verás—, dice el croata metiéndose a su dormitorio.

Los muchachos intercambian miradas. La atmósfera es densa. La promesa de una buena paga comienza a nublarse.

El croata reaparece en la entrada de su dormitorio con una botella de whisky, recoge tres vasos de la alacena y sirve para los tres. Muchachos, vamos a brindar, porque mañana ahondaremos el pique con el martillo automático.

—Con ese encontraremos el ópalo negro— bromea Felipe.

José está callado y serio, con una sospecha constante en su mente. «Es injusto que saque mayor beneficio de las ganancias, y no fue lo que acordamos. Es un viejo pillo, probablemente un fascista nazi».

—Está usted callado Joey, ¿qué le pasa? —pregunta el croata.

—Pienso en lo que me dijeron en el bar.

—¿Y eso qué sería?

—Que es usted un tacaño e injusto.

—Aquí se dicen muchas cosas—. Contesta el croata con soltura y se sirve otro whisky.

Felipe piensa que hay que intervenir para calmar la situación.

—Soy justo—, sigue el croata. Ustedes no saben qué es injusticia. Trabajar en Croacia para Tito y los soviéticos es injusticia, pelear en la guerra y terminar esclavizados por los serbios también es injusticia.

—Podríamos jugar una partida de Dominó— Interrumpe Felipe.

—Es el judío Sam que paga poco y quien gana más, no yo. Estoy completamente en esto con ustedes, pero si desean marcharse... Aquí, todos somos libres, además no van a encontrar hospedaje y comida gratis en ninguna otra parte.

—Yo me voy a descansar, dice José levantándose de la mesa.

Desde el dormitorio escucha al croata hacer alarde de su destreza en el juego, mientras Felipe se queja de su mala suerte.

La última partida. El croata, con una sonrisa sardónica, mezcla las fichas con destreza, y mientras las fichas se deslizan sobre la mesa, Felipe no puede sacar de su mente la duda que José ha levantado: el croata les roba de la tajada y está muy ufano...

José, tendido sobre su cama, está irritado consigo mismo por haber enfrentado al jefe. La táctica debe ser solapada. José cierra los ojos y repasa el hacer del croata al regresar a Lightning Ridge: pasa a su dormitorio, luego aparece a desempacar las compras, hizo la comida, cenan, vuelve a su dormitorio, está allí media hora a puerta cerrada, y reaparece con una botella de whisky. «En algún lugar oculta el dinero de nuestra parte, pero dónde, ¿debajo de una de las tablas del suelo, en el closet, detrás del refrigerador? El refrigerador que nadie más que él usa».

Con la mente revuelta y el corazón cargado de dudas, se adormece en un sueño inquieto, donde las sombras de la desconfianza se mezclan con la realidad.

sa noche, la propuesta de Cristina de mudarse con ella y buscar trabajo sacude a Amanda. Ha sido complaciente con su situación durante demasiado tiempo. No me rendiré, se dice. Decide no esperar más por Felipe.

A la mañana siguiente recibe una carta de su madre. Viene acompañada de fotos. En una aparece el pillán, echado sobre la cama, con expresión triste. Su madre ha escrito: Te extraña mucho; a veces preguntamos dónde está el pillán y lo encontramos así.

Hay otra foto de su hermana con el nuevo novio, todos reunidos en la pérgola, junto a la parrilla, disfrutando de un asaito, anotó detrás.

Entre las imágenes, Amanda encuentra una suya con Felipe. Están sentados en la pérgola, rodeados de enredaderas de jazmín. Recuerda que fue ese día cuando él le propuso casarse y mudarse a Australia. Felipe tenía miedo de irse solo.

—Aquí no hay futuro —había dicho.

Sus resultados académicos eran malos; dedicaba poco tiempo a estudiar y mucho a socializar. El país atravesaba un caos social y político, y la falta de empleo hacía que profesionales condujeran taxis. Amanda estuvo de acuerdo: vio la emigración como una oportunidad para conocer, viajar, empezar de nuevo.

Se casaron. La fiesta terminó antes del toque de queda. Pasaron la primera noche en un hotel de Valparaíso y disfrutaron tres días de luna de miel. Luego Felipe se quedó a vivir en la casa de la familia de ella, mientras iniciaban los trámites para viajar.

Durante la espera, Felipe cambió. Discutían con frecuencia; se peleaban, luego se reconciliaban por unos días. La tensión regresaba siempre y Amanda aprendió a disimular frente a la familia, fingiendo que nada ocurría.

Felipe quería irse a vivir con sus padres, pero la precariedad económica y de vivienda lo hacía imposible.

Finalmente llegó el visado de Felipe, pero no el de Amanda. Como mantenía contacto constante con su amigo José, le propuso partir primero y alojarse con él.

—Trabajaré duro para mandarte el pasaje —le prometió—. Tu padre ya ha ayudado bastante. Quiero demostrar que yo puedo.

Hablaba de hacer dinero y regresar. Comprarán un terreno en Paine, cultivarán sandías. Incluso bromeó con plantar marihuana.

—Calla, que te oyen —decía Amanda—. Desde Australia nos iremos a Europa. Quiero conocer el primer bar donde cantó Édith Piaf.

—Yo quiero conocer el barrio de Horacio Oliveira —respondía él.

—¿Y unirte al Club de la Serpiente? —se burlaba ella, riéndose de su fascinación por Cortázar.

Amanda guarda la carta y las fotos en el cajón de la mesita de noche. Suspira. ¿Cuánto tiempo más he de esperar para reunirme con Felipe?

Sale del albergue para despejar la cabeza. Camina hasta el quiosco de Riley Street, compra el diario y revisa la sección de empleos. Un aviso del transporte público de Nueva Gales del Sur llama su atención: Se necesitan boleteros de autobuses. Presentarse en Elizabeth con Bridge Street.

Llega a la oficina de reclutamiento con el corazón acelerado y una determinación nueva. El empleador la observa, señala una silla. Amanda se sienta con la espalda recta, atenta. Le explican las responsabilidades del puesto y las normas.

—Nada de qué preocuparse. Damos una semana de entrenamiento —le dicen. Asiente, consciente de que esa es su oportunidad. Al finalizar la entrevista, el examinador sonrío y le entrega la documentación. Luego la conducen a la

encargada de uniformes, quien le da una falda, una blusa, una boina y un bolso de cuero para recolectar monedas.

Amanda sale a la calle eufórica. Esto era lo que necesitaba: un trabajo. Siente esperanza; una base pequeña, pero firme, para construir su futuro. La emoción es tan intensa que el cuerpo no resiste. Se desmaya.

Algunos transeúntes la auxilian. Al caer se golpea la cabeza y sangra levemente en la nuca.

En urgencias llega Cristina. El médico, creyendo que son familiares, sugiere que Amanda podría estar embarazada. Cristina lo niega con firmeza. El médico examina a Amanda y descarta la sospecha.

—Vístete —dice, desechando los guantes.

—Se lo dije —comenta Cristina—. Se desmayó de emoción por haber conseguido trabajo.

El médico no responde.

Las dos abandonan el hospital y pasan a recoger las cosas de Amanda al albergue.

11

Los días de los ahora llamados Pip y Joey transcurren entre esfuerzo y sudor, bajo la mirada constante del croata. El trabajo en la mina es duro; las noches, un descanso ganado.

Cada mañana, antes del amanecer, el despertador quiebra el silencio. Con los cuerpos aún doloridos, se levantan y vuelven al pique. El croata los apura, los exige. Ellos aprenden pronto que la perseverancia se mide golpe a golpe, palada tras palada.

La cabaña de lata deja de ser un refugio improvisado y se vuelve un hogar precario. Allí, lejos de la civilización, encuentran consuelo en la mutua compañía. Los sobrenombres impuestos por el croata sellan el cambio: las identidades anteriores quedan atrás, reemplazadas por la vida que llevan ahora. El paisaje es árido y polvoriento. No hay comodidades. Con el tiempo, aprenden a ver cierta belleza en la aspereza. Incluso la letrina, rudimentaria y expuesta, se integra a esa vida sin adornos.

A pesar del desgaste, Pip y Joey mantienen viva la esperanza. Cada piedra extraída, cada resto de mineral, alimenta la promesa de una fortuna capaz de cambiarlo todo.

Entre ellos se afianza una lealtad silenciosa. Saben que pueden contar el uno con el otro en los momentos más difíciles.

Los domingos cuentan historias de quienes encontraron riqueza en esas tierras y, para distraerse, juegan a la rayuela. Construyen un rectángulo inclinado de arcilla, lo dividen con una cuerda y lanzan una piedra plana desde varios metros de distancia. Compiten por cervezas que deberán pagar en la visita mensual al pub del pueblo.

El croata, tras observarlos, se anima a jugar. Pierde siempre. Cuando le toca pagar, no aparece en el bar: dice que Sam lo retiene hasta tarde.

12

La decisión de mudarse es un paso importante. Amanda dudó, pero sabe que la compañía de una amiga aliviará la soledad y el esfuerzo de adaptarse a un país que todavía siente ajeno.

Poco a poco se instala una rutina. Amanda se concentra en el trabajo; Cristina coquetea con Yorgo, el hijo del almacenero de la esquina. Intentan equilibrar responsabilidades y ganas de vivir. En el pequeño departamento comparten risas, preocupaciones y planes; las noches se alargan en conversaciones que les devuelven algo de ligereza.

Durante el entrenamiento, Amanda aprende las normas para cobrar la tarifa a los pasajeros que viajan desde los distritos del este al centro. Memoriza la ruta, dividida en secciones. El precio del boleto depende de cuántas se recorren; cada sección equivale a tres millas.

Una tarde estudia el mapa sobre la mesa del comedor y toma apuntes en su cuaderno. Cristina camina inquieta por la pieza hasta que se detiene.

—Necesito pedirte un favor. Mañana vuelve dos horas más tarde. Date una vuelta por el centro.

—¿Por qué?

—Yorgo vendrá a visitarme. Yo no trabajo por la tarde.

Al día siguiente, Amanda llega tarde a propósito. Encuentra a Cristina en bata. Yorgo sale del baño con una toalla en la cintura. Tiene una mancha morada en el pecho.

—Es de nacimiento —dice, al notar la mirada de Amanda.

Ella se ruboriza.

Desde la cocina, Cristina anuncia:

—Vamos a comer souvlaki.

Saca cordero, yogur, eneldo y limón del refrigerador.

—Falta pan de pita. Amanda, ¿puedes ir a comprarlo?

El padre de Yorgo atiende el almacén. Tiene bigote espeso y una correa de cuero que sujeta los jeans. Habla inglés con un acento firme y bromea sin parar.

—Si mi paisana se porta mal, me avisas —dice.

Al fondo, su mujer, vestida de negro y con el pelo recogido, observa en silencio. Cuando Amanda se despide, la mujer gira la cabeza y vuelve a la cocina.

De regreso, Cristina revisa la fecha del pan.

—Los griegos nos amamos, pero desconfiamos —dice—. ¿No es cierto, Yorgito?

—Antes de comer, bailamos —anuncia luego, encendiendo la radio.

Suena Mikis Theodorakis. El ritmo del sirtaki sacude las piernas. Cristina se coloca entre Yorgo y Amanda, los toma de los hombros y marca los pasos. Pronto baila sola, adelantándose, riendo, acelerando el compás.

Es una mujer de contrastes: empática, intensa. Mantiene una relación con José, pero cuando él no está, no se siente obligada a esperar. Tiene treinta y cinco años y prefiere a los hombres más jóvenes.

Después del souvlaki, beben vino. Hablan de Grecia y de Chile, de política, de tradiciones, de si Alejandro Magno fue griego o macedonio. Pero sobre todo hablan de la vida.

—Agapité file —le dice Cristina a Amanda—. Estás molesta con tu hombre, pero ellos hacen lo que quieren y olvidan el deber. Hay cosas que no se pueden cambiar. Si no las aceptas, te arruinan la vida.

Mientras el vino corre y la conversación se vuelve más suelta, Amanda siente una mezcla de emociones. La música, el baile y las risas la protegen por un momento de la incertidumbre. Sabe que aún le esperan desafíos, que deberá equilibrar amistad, trabajo y deseos propios.

Esa noche decide quedarse en el presente. Brinda por lo que tiene y por lo que vendrá, sintiéndose, por primera vez en mucho tiempo, capaz de enfrentarlo.

José y Felipe han trabajado para el croata durante un año. Han logrado ahorrar algo, pero están convencidos de que habrían reunido el doble si el hombre hubiese sido honesto. Lo han hablado muchas veces, en voz baja, imaginando cómo recuperar el dinero que sienten perdido.

Cuando el croata anuncia un nuevo viaje a ver a Sam, José propone un plan: fingirá un dolor de estómago para quedarse en casa y revisar su habitación.

Repasan cada detalle con cuidado. Saben que es su oportunidad de corregir una injusticia.

El día llega. José se encorva, se toma el vientre y convence al croata de que no puede viajar. Felipe parte con él para no levantar sospechas.

Cuando la camioneta se aleja, José respira hondo. Cierra la puerta y comienza la búsqueda. El silencio amplifica cada crujido del suelo, cada objeto que mueve. El corazón le golpea con fuerza: no es solo adrenalina, es el deseo de saldar cuentas.

Al mover el refrigerador, una araña corre hacia el techo. José la ahuyenta y, al levantar la vista, nota un corte rectangular en el cielo raso. Se sube a una silla, empuja la tapa y mete la mano en el hueco. Extrae una bolsa grande de plástico blanco y tres pequeñas de terciopelo. Vuelve a cerrar con cuidado.

Sentado en la cama, revisa el botín. Las bolsitas contienen ópalos oscuros, pulidos, atravesados por destellos de color. En la bolsa grande hay fardos de billetes de veinte dólares. Diez mil. José sonríe incrédulo: no estaba equivocado. Guarda todo en la mochila y espera. Camina, se asoma a la ventana, intenta calmarse. Piensa en Felipe, en lo mucho que dudó. La sorpresa que se va a llevar.

Escucha el motor de la camioneta.

—Por fin —susurra.

El croata entra, cansado, y se encierra en su dormitorio. Felipe aparece en la pieza. José se levanta, se lleva un dedo a los labios.

—Todo está en la mochila. Nos vamos esta noche.

Felipe abre los ojos, sonrío.

—Tenías razón. Lo lograste.

No alcanzan a decir más.

—¡Malditos! —grita el croata irrumpiendo con una escopeta.

Empujan al hombre y salen corriendo. Felipe toma las llaves, arranca la camioneta. El croata dispara, falla, el arma se tranca. Golpea la escopeta contra el suelo mientras ve el vehículo perderse en la oscuridad.

Ríen sin aire. El alivio dura poco.

En el espejo retrovisor aparecen las luces de un coche policial. Felipe mantiene la velocidad. José despliega el mapa.

—El próximo desvío. Ahora.

Felipe gira bruscamente y se interna en un camino estrecho. Las luces pasan de largo. Se detienen kilómetros después, rodeados por un silencio absoluto.

José abre la mochila.

—Diez mil dólares. Y los ópalos.

Felipe baja del vehículo y corre unos pasos, gritando como un dingo.

—Hay que abandonar la camioneta —dice José—. Walgett está al sur. De ahí, bus a Sídney.

Al amanecer dejan el vehículo oculto y compran pasajes. Han escapado, pero saben que ahora deberán ser cautos.

En Sídney, el dinero será refugio y riesgo. Confían en el anonimato de la ciudad para empezar de nuevo.

A más de siete mil millas de Valparaíso, Amanda ha construido una vida propia. Lleva un año trabajando en los buses. Arrienda un pequeño departamento cerca del trabajo. Su rutina es simple: trabaja, ahorra, va al gimnasio, los domingos hace compras con Cristina y, por la tarde, ven películas.

Contó a su familia el abandono de Felipe y resistió la presión de volver. Cumple veintiún años. En los años ochenta, esa edad marca el paso definitivo a la adultez. Cristina organiza una celebración en un club español: paella, sangría, banderines y un afiche de Manolete observándolo todo.

—Es guapo —dice Amanda, mirando al músico andaluz.

—Guapísimo —responde Cristina—. Brindemos por eso.

Más tarde, Amanda los encuentra besándose. Se incomoda, pero enseguida entiende que no es celos: es envidia por no atreverse aún a soltarse del todo.

Terminan la noche vomitando abrazadas a un poste de luz.

Días después, Amanda sufre un episodio en el trabajo. Un hombre se masturba frente a ella en el bus. Amanda detiene el vehículo. El sujeto huye.

—¿Qué pasó? —pregunta el chofer.

—A fucking flasher —responde.

El bus sigue.

Meses más tarde, en la ruta 324 hacia Rose Bay, Amanda conoce a James Gibson. Cruzan miradas durante días. Un viernes él le deja un papel: El mejor chocolate de Sídney. Llámame.

Amanda duda todo el sábado. Felipe cruza por su mente. Si llama, lo deja atrás. Marca.

Se encuentran. Pasean por la costa, por las Montañas Azules. James la ayuda con el idioma, se ríen. Amanda empieza a sentirse parte del lugar. El cariño llena un vacío que llevaba tiempo abierto.

—Qué poco me quería —piensa al recordar a Felipe, y llora por lo que ya no duele igual.

Cuando James le propone vivir juntos, Amanda decide decir la verdad.

—Soy casada —confiesa.

James la escucha en silencio y la abraza.

—Vivamos juntos. Te necesito.

Amanda acepta.

Con el tiempo, el pasado se vuelve liviano. Las cartas y las fotos quedan en un cajón. En las tardes de invierno, toman té en casa de los padres de James.

Amanda aprende a confiar en el futuro.

En Rose Bay, entre ladrillos rojos y días grises, comprende que ha encontrado, por fin, un lugar donde reinventarse.

A

José

Han pasado los años y José aún recuerda aquel mediodía en que dormía en un banco de la plaza, cerca de Oxford Street. No tenía dinero. Ella se sentó a su lado. Olía a perfume floral, lo hizo estornudar. Era baja, de cabello rojizo, vestía jeans y una camiseta ajustada. Encendió un cigarro y le preguntó si molestaba.

—Me llamo Cristina.

—José.

—¿Y vives aquí?

Él tocó el banco.

—Aquí.

Ella lo miró con atención, sin humor.

—Creo que me pasó algo parecido cuando llegué sin una dracma en el bolsillo.

¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro.

—Yo, treinta y cinco. Ven, te invito un café. Vivo cerca.

José recogió su mochila —una frazada, algo de ropa— y la siguió. Pensó que su suerte estaba cambiando.

Cristina le dio alojamiento hasta que pudo arrendar una pieza en Paddington. No compartían un idioma, pero lograron entenderse. Ella era reservada, algo autoritaria; trabajaba mucho y hablaba poco. En la intimidad, su abrazo ofrecía un refugio tibio y silencioso.

José se sintió afortunado. A veces pensaba en el tiempo, en su madre en Chile, en la necesidad de construir algo estable. Una noche, en un pub cercano, conoció a un croata que le ofreció trabajo en una mina de ópalos. Caminó de regreso con el pecho lleno de expectativas.

—Ve —le dijo Cristina cuando se lo contó—. Eres joven. No hay que vivir con arrepentimientos.

Días antes de partir recibió la visita de Felipe, recién salido del aeropuerto. Su esposa no había llegado. Estaba confundido, melancólico. José lo invitó a acompañarlo. Felipe aceptó sin dudar: huía de ser marido.

Tras Lightning Ridge y el botín, José y Felipe montaron un local de comida rápida. Así conoció a Lina, hija de una familia italiana que arrendaba el negocio. Era callada, cuidadosa, de ojos oscuros. José pensó que era buen momento para casarse. Tenía dinero, estabilidad.

Se casaron. Tuvieron hijos. La vida se volvió predecible.

Con los años, José recordó la escasez de su infancia, el día en que los militares se llevaron a su padre, la mirada de su madre resistiendo. Cuando ella murió,

algo se quebró definitivamente. Lina y su familia no comprendieron su duelo. Él comenzó a preguntarse para qué había vivido así.

En las noches pensaba en la tierra. La tierra siempre nos sostiene, hijo, oía decir a su madre. Leyó sobre cultivos, imaginó árboles bajo el sol, lejos del ruido. Cuando lo tuvo claro, habló con Felipe. Retiró la mitad de su inversión y brindaron con vino.

—Voy a comprar tierra —dijo José—. Al final, se la hicimos al croata.

## Cristina

En la escuela, Cristina vivió temprano el desprecio. Una compañera, de familia acomodada, elaboró la lista de invitados para su cumpleaños excluyendo a una niña pobre. Cristina rechazó asistir. No toleraba la humillación ajena.

Desde pequeña comprendió que ser mujer implicaba obedecer reglas distintas. Debía ayudar en la casa, ser recatada, resignada. Para ella, la recatadez era hipocresía; la resignación, derrota.

Su hermano gozaba de libertades que a ella le estaban vedadas: salir solo, ir al cine, ser servido por la madre como el padre. La tradición familiar sostenía al hombre como figura de autoridad.

La madre planchaba con esmero las camisas del marido, le masajeaba los pies al llegar del trabajo. Había cumplido con lo esperado: un hijo para continuar el linaje y una hija que la asistiera en la vejez. Cristina, en cambio, representaba un riesgo: debía preservar la virginidad para asegurar un buen matrimonio.

El padre era afable y silencioso. Nunca levantaba la voz, pero no admitía cuestionamientos. Se refería a ella como la niña y deseaba que, si él faltaba, el hermano se hiciera cargo de ella.

El mundo, sin embargo, estaba cambiando. En otros países las mujeres alzaban la voz. En Grecia, aún se prohibía fumar a las mujeres en restaurantes, salvo a figuras como Melina Mercouri. Inspirada por ella, una tarde Cristina abrió las ventanas, puso música de los Rolling Stones y encendió un cigarrillo. A la mañana siguiente, la madre le transmitió el mensaje del padre: si quería arruinar su vida, no lo haría en su casa.

Poco después, los coroneles tomaron el poder. La represión se volvió cotidiana. Una vecina, madre de cinco niños, le habló del programa de inmigración a Australia. Esa misma familia fue enviada al exilio a una isla del mar Jónico. Cristina entendió que debía irse.

La madre lloró. Esa noche, el padre culpó a la esposa.

—Es tu responsabilidad. No supiste criarla.

—La crié como me criaron a mí —respondió ella—. Es lo único que sé hacer.

—Sin amor ni apego —sentenció él—. Por eso se va.

En Australia, Cristina encontró una comunidad que la sostuvo. Trabajó en lo que pudo hasta llegar a ser operaria jefa en una tabaquera.

Conoció a José por azar, en una plaza. Ella buscaba un lugar para fumar; él ocupaba el único banco libre.

—Me llamo Cristina. Soy griega.

—José.

Compartieron meses de compañía. José fue un buen amante, pero no el único amor de su vida. Cristina amó sin culpa: cada vínculo iluminó algo distinto de ella. Supo que José se marchó porque necesitaba más, y lo aceptó. No volvió.

Años después, ya mayor y enferma, aún recordaba aquel encuentro. A veces se estremecía al pensar que bastó un café para cambiar una vida.

Una tarde vio llegar a una muchacha empapada por la lluvia, silenciosa y perdida.

—¿Quién es? —preguntó.

El cocinero del albergue le dijo que había llegado de Chile el día anterior y que su marido la había abandonado en el aeropuerto.

Con Amanda, Cristina descubrió la hermandad entre mujeres. La protegió sin preguntarle demasiado. Le pareció conocerla de antes, quizá a través de José. Ambas reían con facilidad y se refugiaban en el humor para contar historias ajenas.

—Mi perro perseguía a la gente en bicicleta... hasta que le quitamos la bicicleta.

—Doctor, creo que soy invisible.

La diferencia de edad profundizó la amistad. En Amanda, Cristina redescubrió una parte de sí misma que creía perdida. La risa y la empatía se volvieron herramientas para resistir. Juntas construyeron un refugio frente a un mundo áspero, un espacio donde el abandono y la pérdida no tenían la última palabra.

## Felipe

Felipe nunca logró superar su temor al matrimonio. Vivió intensamente, cuidando su independencia y sus recursos, cultivando relaciones sin comprometerse del todo. La parte que le correspondía de los bienes obtenidos tras el episodio del croata la confió a José, con quien mantuvo inversiones durante años.

Siguió cercano a la familia de su amigo. Consideró a los hijos como sobrinos y a Lina como cuñada. Tras el divorcio, José regresó a Chile y adquirió tierras agrícolas en el norte chico. Felipe mantuvo el vínculo con Lina y los niños.

Con el tiempo, el robo al croata quedó atrás. Años después, la prensa informó que el hombre había sido denunciado por mantener a dos filipinos cautivos en la mina.

Cuando José ya no estuvo, Felipe empezó a pensar en Amanda. Al principio fue una idea vaga, pero poco a poco se volvió insistente. Se preguntó si el miedo al compromiso había sido la verdadera razón de su huida.

Deseó restablecer un contacto cordial, pero la conciencia de su conducta lo detenía. Sabía que había fallado. Finalmente decidió no seguir eludiendo su historia.

Recordó que alguna vez tuvo el número de la casa de los padres de Amanda. Lo encontró anotado en el reverso de una tarjeta de cambio, guardada en una libreta vieja. Dudó. Si pasaron tantos años sin remordimiento, ¿por qué ahora? Recordó la despedida en Santiago: el abrazo triste, la sonrisa forzada.

Marcó.

Una voz cansada respondió que Amanda vivía en Australia desde hacía años. Felipe colgó y se sentó. Se preguntó si debía llamar de nuevo, si ella querría hablar, si existía la posibilidad de ser perdonado. Pensó que el matrimonio siempre le había parecido una carga impuesta. El que se casa quiere, decían. A él le sonaba a amenaza.

Días después volvió a llamar.

—Hola —dijo una voz.

—Soy Felipe Iturriaga.

Hubo un silencio largo.

—¿Qué necesita?

—Saber si Amanda vive en Sídney.

—Sí.

—¿Dónde?

—En Rose Bay.

—Necesito su número.

—Debo preguntarle primero.

Felipe dejó el suyo.

Esperó. Revisó el teléfono más de lo necesario. Pensó que quizá no habían anotado el número. Aun así, siguió esperando.

Recordó cuando conoció a Amanda en la universidad. Ella se acercó primero, sonriendo. Le gustaban sus ojos, su energía. Cuando él habló de Australia, fue ella quien propuso irse. Le pidió matrimonio convencido de que diría que no. Amanda aceptó.

Después vinieron las exigencias, la presión familiar, el abandono de los estudios. Felipe escribió a José pidiendo ayuda para el pasaje. Partió solo, prometiendo enviar dinero. Eso creía entonces, pensó.

Cuando Amanda le contó que su padre le había comprado el pasaje, fingió molestia. Intentó disuadirla. Solo quería seguir viviendo sin ataduras.

El teléfono sonó una tarde.

Era Lina.

José había muerto en Chile, de un infarto fulminante.

Felipe no respondió de inmediato. La noticia lo dejó inmóvil. Comprendió, de golpe, la fragilidad de todo. Lloró la pérdida de su amigo.

Fue al Centennial Park. Corrió hasta agotarse y se tendió en el pasto. Un grupo de urracas pasó cerca; una se lanzó hacia su cabeza. Recordó que esas aves no olvidan a quienes consideran una amenaza.

De regreso a casa, pensó en Amanda y se preguntó si ella también tendría una memoria tan persistente.

Todos

James deja el libro. El celular de Amanda vibra sobre la mesa de centro. Al mirar la pantalla, lee el nombre de su suegra. Se levanta y sale al jardín, donde Amanda poda el rosal.

—Es tu madre —dice, tendiéndole el teléfono.

—Gracias.

—¿Aló, mamá? ¿Cómo estás?

—Bien, con frío. Ya sabes que Santiago en invierno es duro.

—Aquí está fresco, pero con sol. Estoy podando las rosas para que crezcan más fuertes en primavera.

—Qué bien. ¿Cómo están James y Oliver?

—Muy bien. Oliver en la universidad.

Hay una breve pausa.

—Hija, el otro día me llamó Felipe.

—¿Felipe?

—Sí. Ese Felipe. Está en Australia. Me pidió tu número; le dije que te consultaría.

—Hiciste bien.

El silencio se alarga.

—También me dio el suyo —agrega la madre—. Te lo voy a dar.

—No me interesa.

—Te lo doy y tú decides.

Amanda entra a la casa.

—¿Pasa algo? —pregunta James.

—Nada. Necesito un lápiz.

Abre el cajón de la mesa de arrimo, anota el número y vuelve al jardín. Continúa cortando las ramas del rosal. Piensa si debería decirle a Felipe lo que no pudo entonces. La respuesta es clara: ya no.

Superó el abandono sola, sin convertirlo en identidad. Caminó, trabajó, rió con Cristina. Aprendió a no ocultar la herida, pero tampoco a vivir dentro de ella. Le costó. Su relación con James fue apoyo, no salvación. La humillación se transformó en aprendizaje.

Hoy ama con conciencia. Sabe qué le hace bien. Reconoce su fortaleza y su deseo de cuidarse. El desprecio de Felipe no la quebró.

Fue un camino largo hacia su propia madurez.

---

Esa misma semana, Cristina regresa de Grecia. Está contenta, aunque una tos persistente le dificulta hablar.

—Me resfrié —dice—. Pero ya se me pasará.

Cuenta que le duele la espalda y que la tos no cede. Amanda le sugiere una infusión de tilo y limón; no sabe cómo decir tilo en inglés.

—Es parecido al té de montaña —explica Cristina—. Crece entre las rocas.

Un ataque de tos la obliga a sentarse, dándose palmadas en el pecho.

—Felipe intentó contactarme —dice Amanda.

—Un poco tarde, ¿no?

—Muy tarde.

—Si lo llamas, pregúntale por José. Quiero saber de ese ingrato antes de morir.

—No hables de morirte. ¿No quieres ver a tu ahijado titulado acaso?

Cristina sonrío y saca de su bolso una perla azul, plana, con un ojo blanco pintado al centro.

—Para protegerte de las malas miradas.

Cristina volvió en junio. En agosto había perdido diez kilos. El cáncer pulmonar avanzaba silencioso.

—Lo que más lamento es no poder fumar —dice una tarde.

—Cuando te operen, fumaremos uno —responde Amanda—. En la escalinata del Ejército de Salvación, como cuando nos conocimos.

Cristina la mira y sonrío.

—Esa niña asustada ahora es la madre de un futuro médico.

—Australia nos trató bien —agrega—. No podemos quejarnos.

—No —dice Amanda, ayudándola a levantarse de la cama blanca del hospital.

—Llévame al baño —pide Cristina—. Me incomoda usar la chata.

Amanda la toma del brazo.